

CAPITULO XVIII.

De la valentía del indio.

1. Del valor de los indios se ha tratado arriba y referido cómo son muy activos, guerreros, fuertes y animosos cuando pelean; y hasta hoy no se han podido domar en la Nueva España, por fuerza, las naciones chichimecas, salineros, topeguanes, tobosos y otras; y cuando tal vez ha prorrumpido en alguna parte, [que son rarísimas], la desesperación por los agravios que padecían, en demostraciones de ira, han obrado con gran valor y fortaleza. En cualquiera cosa que les encomiendan, son constantes y aún valerosos y mañosos, y no reconocen miedo, señaladamente contra animales ponzoñosos, á los cuales cojen, y siendo vehementísima la ponzoña, porque al que hiere le mata en muy pocas horas, los toman los indios con las propias manos, y tienen aliento para sacudir las víboras sobre las piedras y hacerlas despedir de sí el veneno de la boca á golpes, y después las llevan consigo vivas y se rodean con ellas el cuerpo y el rostro; y á los animales feroces, como tigres y leones, los sujetan y cogen en lazos y de otras muchas maneras.

2. Rara cosa es, Señor, ver vencer y sujetar un indio desnudo y nadando á un caimán, que suele tener tres varas de largo, animal ferocísimo, y atreverse en el agua, elemento de esta bestia, á ponerse á caballo el indio y aguardar que abra la

boca y con grande presteza y sutileza entrarle una estaca ó palo de media vara dentro de ella, con que cerrando el animal la boca se atraviesa, y con un cordelillo le saca de la mar á la tierra el indio, como si fuera un pedazo de corcho, cosa de grande arte y resolución, porque yo he visto muchos de estos caimanes ó cocodrilos, y verdaderamente sólo el verlos causa espanto.

3. Su valor, resolución y maña explican bien un caso que sucedió junto á Zacatecas, en donde había un bandolero, hombre de grandes fuerzas y valentía, á quien deseaba coger el Corregidor, y no había podido conseguirlo, porque iba con tres ó cuatro bocas de fuego y en buenos caballos, y por recelo de su gran valor no había quien se atreviese á embestirle. Habiendo un indio oído quejarse á un Alcalde de la Hermandad, de que no podía aprehender á ese hombre, le dijo el indio que si quería que se le trajese maniatado, ó vivo ó muerto; el Alcalde, admirado, le dijo que se lo pagaría bien si se lo traía vivo. Y el indio, partiéndose de allí, tomó un palo recio y proporcionado al intento y se le puso debajo de su tilma ó capa, y tomando sobre sus hombros un *cacastle*, que es como una grande cesta, en que suelen llevar gallinas, puso en él media docena de ellas, y se fué cargado caminando; y luego que llegó á dos leguas del poblado, salió á caballo el bandolero y le preguntó que adónde iba; el indio le respondió que el Padre, [que así llaman á sus doctrineros], le enviaba con

aquellas gallinas á una estancia; y el bandolero, apeándose del caballo y haciendo descargar al indio, se bajó para sacar algunas y llevárselas consigo. Pero el indio, cuando le vió bajo y divertido en escoger las gallinas, sacó el palo que traía oculto consigo y le dió tan fuerte golpe en el molledo del brazo, que le derribó en el suelo, y luego con increíble presteza segundó con otro golpe en el otro brazo y le baldó, y arrojándose sobre él le ató las dos manos con un cordel que traía prevenido, y luego los piés, y le arrojó sobre su propio caballo, y dentro de pocas horas entró por el lugar con el bandolero y le entregó á la Justicia. Y casos de estos de maña, resolución y valor podían referirse no pocos á V. Majestad.

4. También tienen muy grande ánimo para ponerse en cualesquiera peligros que se le ofrezcan en los oficios que sirve, y en éstos grandísima maña y habilidad; y cierto que en la fábrica de la Catedral, era cosa de admiración la presteza con que subían á andamios altísimos y se ponían sobre la punta de un madero de treinta á cuarenta varas, y muy despacio ataban los cordeles, que ellos llaman *mecates*, para poner otros piés derechos, hallándose tan en sí como si se pasearan por una sala. Y sucedió que estando uno de estos indios albañiles trabajando con este riesgo sobre la punta de un palo, viendo abajo un corrillo de hombres les voceó y dijo que se apartasen de allí, que podía él caer sobre ellos y matarlos, y ellos se apartaron admirados de

ver que en tan gran peligro les advirtiese del ajeno daño, y que recelase más el que podía causar que el que muriendo podía padecer, si cayera de aquel puesto que era altísimo.

5. De todo lo cual se colige, Señor, que las virtudes que yo he referido de esta nación, que miran á la paciencia, fidelidad, obediencia y reverencia á sus superiores, no nacen tanto de bajeza de ánimo, cuanto de una suavidad y docilidad de condición, que debe de corresponder al clima de la misma tierra, que es muy templado y suave; y por merced que Dios les hizo en criarles tan buenos y dignos de la protección Real de V. M., por sus méritos y virtudes.

CAPITULO XIX.

De la humildad, cortesía, silencio y maña del indio.

1. De su humildad he manifestado largamente á V. M. donde he tratado de la devoción y paciencia del indio; pero puedo volver á asegurar á V. M. que si hay en el mundo, [hablo de los efectos de la naturaleza no tratando de los de la gracia] mansos y humildes de corazón, son los indios, y que éstos naturalmente parecen ser los que aprenden del Señor, cuando dijo: *que aprendamos de Su Divina*

Majestad á ser mansos y humildes de corazón [a]. Porque estos angelitos ni tienen, como se ha dicho, ambición, ni codicia, ni soberbia, ni envidia, y no es más humilde que ellos el suelo que pisamos.

2. A trabajo alguno no hacen resistencia considerable; si les riñen, callan; si les mandan, obedecen; si los sustentan, lo reciben; si no los sustentan, no lo piden. Cuando llamé á dos indios de la Mixteca para ver cómo labraban las piedras que he referido, ordené á un criado se les diese cada día á cada uno dos reales y de comer y se cuidase mucho de ellos, y así lo hacía; pero un día con otras ocupaciones se olvidó el criado de llevarles la comida al aposento donde estaban trabajando. Llegaron las cuatro horas de la tarde y no se había acordado que tales indios había en el mundo, y entonces, reparando el criado en ello, fué á llevarles de comer, y los halló trabajando con la misma alegría que si les hubiese proveído convenientemente, y diciéndoles el repostero que por qué no habían salido del aposento á pedir comida, pues estaba abierto y podían andar por toda la casa libremente, se rieron diciendo que no importaba; y con esta paz, humildad y resignación, obran comúnmente estos naturales. La cortesía es grandísima, porque todos ellos son muy observantes en las ceremonias de reverencia y veneración á los su-

[a] Discite á me, quia mitis sum, & humilis corde. Matth. II. v. 29.

periores, y no se verá ninguno que deje estar atentísimo en este cuidado.

3. En llegando á donde está el superior se arrodillan. Siempre vienen á sus negocios diez ó doce, y en diciéndoles que se levanten lo hacen, y bajan los ojos los que acompañan al que ha de hablar, y éste sólo propone la causa y hace su razonamiento, y los demás callan como si fuesen novicios. Nunca se van sin besar la mano, y si se la niegan se desconsuelan mucho, pero lo disimulan y callan, y al salir es con grandísimas sumisiones y humildades. Entre sí nunca se hacen descortesía, sino que con una llaneza muy fraternal se tratan y respetan unos á otros, conociéndose las diferencias en los puestos y calidades. El silencio es admirable, porque si están dos horas y más aguardando entrar á hablarle á algun superior, aunque se hallen veinte ó treinta indios juntos, como ordinariamente sucede, todos callan y se están en pié, ó sentados, con un profundo silencio; y si hablan alguna cosa, están tan bajo que sólo se oyen los unos á los otros y no otros circunstantes. Y así no les he oído jamás vocear, sino que sólo usan de la voz conforme lo pide la necesidad. Rarísimas veces chancean, ni se burlan unos con otros, y el reírse, señaladamente entre españoles, es tarde ó nunca, ni el manifestar vana alegría; sino que siempre obran con severidad y veras y atentos á lo que se les ordena, si bien cuando les hacen algún bien no dejan de descubrir muy decentes señales y afectos de alegría.

4. No conocen jactancia ni vanagloria; sino que aunque hagan excelentemente una cosa y con destreza, brevedad y curiosidad, no hacen más cuenta ni estimación que si no hubieran obrado cosa alguna, ó la hubiera hecho un vecino. Entre ellos el hablar es preeminencia tan grande, que es señal de superioridad, como lo es de subordinación y de obediencia el callar; y por esto delante de los superiores, así españoles como indios, callan siempre los inferiores si no son preguntados, en tanto grado que para decir á uno Príncipe y Mayor y Cabeza de los otros indios ó españoles le llaman *tlatoani*, que quiere decir el que habla, porque *tlatoa*, quiere decir hablar, como quien dice, el que sólo tiene jurisdicción de hablar, y tan grande como esto es su silencio.

5. Tienen mucha reverencia los plebeyos á los nobles entre sí, y los mozos á los viejos; y éstos son muy templados y se precian de saber y enseñar á los demás, y ordinariamente enseñan á los niños y niñas á rezar, y no se desprecian de ello por nobles que sean. Muchos de estos viejos nobles son amigos de saber sucesos y acontecimientos públicos. Y yo fuí á un lugar que se llama *Zongolica*, que está entre unas tierras y montañas muy ásperas, donde había un viejo de ochenta años, y que tenía traducidos en su lengua algunos pedazos de Fray Luis de Granada y muchos apuntamientos de historias. Y habiendo predicado un predicador cierto ejemplo y dicho en el sermón que había sucedido en

Alemania, se llegó á él este viejo venerable, después de haber predicado, y le dijo: Padre, aquel caso que referiste en el sermón, dime en que Alemania sucedió, en la Baja ó en la Alta? De suerte que allá en aquel cabo del mundo, donde ni tienen libros, ni noticias, ni letras, sino eterna servidumbre y soledad, [sabía el viejo que había dos Alemanias.

6. En todo lo que son cosas mecánicas, se hallan notablemente mañosos y diligentes; y en obrar lo mismo á menos costa y con mayor brevedad, hacen gran ventaja á cuantos yo he conocido. Visitando mi diócesis, hube de detenerme, por ser ya Semana Santa, en un lugar de menos de cuarenta indios, que se llama *Olintla*, en medio de unas sierras muy altas, de una provincia que llaman la *Totonacapa*; y habiendo de consagrar el Santo Oleo y crisma en su iglesia y hacer los demás oficios y los comunes de aquel santo tiempo, fué necesario que se hiciese monumento y tablado para la consagración, y que después todo se desocupase para los oficios del Viernes Santo y las órdenes que celebré el Sábado Santo; y alegres los indios de haber de participar y asistir á aquellos santos ministerios, obraron con tanta facilidad, expedición y brevedad cuanto fué necesario al intento, y con tan buena inteligencia en todo, que nos quedamos admirados, porque hicieron un monumento muy alto con muchas gradas, por donde pude subir á colocar el Santísimo, sin clavar tabla ninguna, ni tener hierro,

ni hachas, ni azuelas, ni clavos, ni tachuelas, ni instrumento alguno de los comunes de carpintería, y ataban unas tablas á otras y á los piés de madera, sin cordeles, valiéndose de bejucos y otras cosas naturales, y con tan buena y segura disposición que hicieron con igual seguridad los tablados, y los deshicieron y volvieron á hacer otros en ocho ó en diez horas, como en la catedral los españoles, con diez doblada costa, tardándose seis ú ocho días.

CAPITULO XX.

De la limpieza del indio y de su paz.

1. Pues sobre ser industriosos, son notablemente limpios y aliñados, y en aquella pobreza con que viven no se les ve cosa desaliñada; porque como quiera que andan descalzos y comúnmente no traen más que tres alhajas sobre sí, que son la tilma, la camisa ó túnica y unos calzones de algodón; con todo eso, aquello mismo lo traen limpio, y se lavan muchas veces los piés, y cuando han de entrar en la iglesia ó en alguna casa, procuran lavárselos primero y en las manos; rostro y cuerpo siempre andan limpios; y tienen sus baños para esto que llaman *temazcales*, y con este cuidado y limpieza crían á todos sus hijos. Luego que nacen los hijos los llevan al río á lavar, y aun las madres

apenas los han echado de sus entrañas, cuando ellas también se van á lavar con ellos.

2. Cuando van á la iglesia es mucho mayor su limpieza; y sucedía venir aquellos pobres indios con sus mujeres á oír misa, habiendo andado dos ó tres leguas por partes húmedas, lloviendo y con muchos lodos, y al entrar en la iglesia iban tan limpios y aseados que causaba admiración. También entre sí es su trato común muy llano y apacible y pacífico, y raras veces tienen pendencias, y si tienen algunas, luego se quietan y pacifican; y en las montañas y tierras que están muy apartadas de nosotros, viven con mayor quietud; porque no hay quien siembre rencillas ni divisiones entre ellos. Y finalmente, si no es por grande violencia ó vehemente persuasión de extranjeros y gente ajena de su nación, raras veces se mueven á discordias, pleitos, ni diferencias, aun cuando les hacen agravios más que comunes, por ser su condición sufridísima y pacientísima, y ellos muy humildes y mansos de corazón.

CAPITULO XXI.

Respóndese á algunas objeciones que se pueden oponer.

1. Bien sé que algunos podrán decir que también hay algunos indios mandoncillos, rigurosos, codiciosos y altivos, iracundos y sensuales y con

otros vicios, á que satisfago que yo no refiero en este discurso los naturales de cada individuo y persona, sino de toda la nación en común y hablando generalmente, á la cual y á su dulce y suave natural, no debe desacreditar que entre ellos haya algunos hombres, que como hombres se desvían del común, de la manera que no se desacredita una religión entera con el descuido de particulares religiosos, ni el Estado eclesiástico con las imperfecciones de cuatro ni seis clérigos

2. Lo que puedo asegurar á V. M., es que comúnmente los indios son de estos naturales, y que con mediano cuidado y doctrina, concurriendo la gracia de Dios, que nunca falta y más á los pobrecitos, se les puede conservar en estas inclinaciones, y que si no es el vicio de sus bebidas compuestas de algunas raíces de hierbas, á que son muy inclinados, que es vicio nacional: como en Europa en unos reinos el ser soberbios y coléricos; y en otros, fáciles y ligeros; en otros, pusilánimes y mendigos; en otros, dados á sensualidad; y en otros, á ira y bandos; y en otros, á latrocinios, y en otros, á la gula. Es certísimo que los indios están más lejos de lo principal y peor de que se compone todo lo malo del mundo, que es soberbia, codicia, envidia, ambición, sensualidad, ira, gula en el comer, pereza, [por accidente de los que cuidan de que trabajen], de juramentos, juegos, blasfemias y, finalmente, de todos los vicios; si no es el de estas bebidas, que frecuentemente los turban y ocupan

los sentidos, que no las demás naciones; porque en todos estos vicios que he referido, se hallan, si no del todo contenidos, muy libres, y de manera que apenas puede decirse que entre ellos hay codiciosos, ambiciosos, ni crueles, ni blasfemos, ni juradores, ni pródigos, ni avaros, ni los demás vicios que hacen rigurosa guerra á la virtud.

3. Y también puedo asegurar dos cosas. La primera, que si entre ellos hay algunos ladrones, son los que se han criado y viven con los que no son indios, sino entre nosotros y otras naciones de Europa; y raras veces hurtan los indios, que no son guén, encubran y promuevan y guarden las espaldas otros de otras naciones, y lo mismo digo cuando incurren en los demás vicios. La segunda, que cuanto mira á estas bebidas, que es su mayor fealdad, las dejarían fácilmente los indios, si muchos superiores á quienes toca, cuidaran la tercera parte de quitarles de este vicio, que otros cuidan de promoverlos á él; pero como sobre el pulque, vingui, tepache y otras bebidas impuras, ha puesto la codicia su tributo y la bebida del indio es la comida del juez, crece en el miserable la relajación, al paso que en el rico la codicia.

4. Sin que pueda dudarse, Señor, que de la manera que debe la América á la Corona y católicas armas de V. M. y á su esclarecida piedad y de sus gloriosos antecesores, el haber desterrado de ella la idolatría y el comer carne humana y otros abominables y nefandos vicios, que frecuentemente

acompañan á la ciega gentilidad; le debería también, si quisiesen los ministros inferiores, el desterrar de los indios este vicio, el cual, respecto de los otros, es ligero y mucho menos vehemente para defenderse en él, por suplirse el beber estas bebidas ilícitas los indios, con otras mucho más sabrosas, que son lícitas; conque este defecto en una naturaleza como la humana, tan llena de imperfecciones, no hace que los indios desmerezcan la gracia y amparo real de V. M. y su conmiseración, y del mandar que se ejecuten eficazmente sus santas y religiosas leyes y el gran número de órdenes y decretos que tiene dados para la conservación de tan leales y humildes vasallos y de la Real y Católica Corona de V. M. Ni se admirará que vasallo, ministro y sacerdote tan obligado á Dios y al servicio de V. M. como yo, y Padre Espiritual de tantos hijos de esta nación como tengo en aquellas provincias, haya procurado y procure esforzar la razón y alivio de estos sus pobrecitos y miserables vasallos de V. M., y solicite ahora su conservación y consuelo, y más cuando me consta cuán grato servicio hago en esto á Dios y á Vuestra Majestad.

El Obispo de la Puebla de los Angeles.

INDICE.

ADVERTENCIA.....	VII
I. Biografía del Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox y Mendoza.....	1
II. Informe del Ilmo. Sr. D. Juan de Palafox, Obispo de Puebla, al Exmo. Sr. Conde de Salvatierra, Virrey de la Nueva España. 1642.....	26
III. Carta de reprensión que el R. P. Vincencio Carrafa, Prepósito General de la Compañía de Jesús, dirigió al P. Pedro Velasco, Provincial de la misma en la Nueva España. 1648.....	90
IV. Cartas que mediaron entre el Ilmo. Sr. Obispo D. Juan de Palafox y Mendoza y el P. Andrés de Rada, Provincial de la Compañía de Jesús en la Nueva España. 1649.....	95